

DE LA CRISIS GLOBAL AL IMPACTO LOCAL

Luis Miquel

En este trabajo se efectúa una lectura paralela de los problemas medioambientales, el hiperdesarrollo urbano y la crisis de Estado del bienestar advirtiendo las consecuencias de la implantación de modelos urbanos globalizadores y homogeneizadores en el malestar urbano y la vulnerabilidad del ciudadano.

No hay forma de eludir la ley de la entropía. Esta ley física suprema impregna todas las facetas de nuestra existencia. Puesto que todo es energía, y puesto que la energía se mueve irrevocablemente en una sola dirección, de utilizable a no utilizable, la Ley de la Entropía constituye el marco general de todas las actividades humanas. [...] La Ley de la Entropía destruye nuestra visión del progreso material, modifica las bases de la economía, transforma las nociones de tiempo y de cultura, despoja a la tecnología de su mística.

Jeremy Rifkin: *Entropía, hacia un mundo
invernadero*, 1980

Los científicos a la moda, los tecnócratas, los politicastros, los burócratas del gobierno, manifiestan su repulsa a las formulaciones inmediatas de la segunda ley (de la termodinámica), declaran su culpable inocencia, vocean el cínico reconocimiento de su incapacidad mental para entender las formulaciones que estamos haciendo en nuestra Sociedad [...] Pero hagamos el esfuerzo de bajar un poco

nuestro orgullo de hombres cultivados y preguntemos, a cualquier ama de casa de nuestra clase media, qué pasaría en su hogar si durante una semana nadie se ocupase de quitar el polvo a los muebles, de restregar los suelos, de lavar la vajilla, de sacar brillo a la plata, de colocar los platos, los vasos y las fuentes en los anaqueles del refistol, de hacer la colada, orear y planchar la ropa, de arrojar las inmundicias en los corrales, todas las tareas que, en fin, corresponden al buen gobierno diario de una casa burguesa y que en general son menos apreciadas por nuestros altivos y honrados comerciantes y pequeños propietarios [...] Preguntad y quizá os quedéis sorprendidos de la certeza científica de su respuesta, porque esa mujer, sin pensarlo mucho, sin recurrir a ningún laboratorio, os dirá: «el desorden crecería hasta destruir la casa». Esa buena mujer ha descrito, mejor que Jhosef Cahen, la evidencia de la manifestación de la entropía en nuestro más próximo mundo físico.

Marqués de Bassecourt: *Itinerarios sociales
en el camino de la disipación energética*, 1899

La crisis entrópica y global

Casi nadie niega hoy día que desde hace unos 300 años (y desde hace 100 con plena consciencia del Poder que nos gobierna) estamos haciendo todo lo posible para dejar a las generaciones futuras un mundo en el que la actividad humana se reduzca a intentar sobrevivir sobre un planeta que se habrá tornado inhóspito, si no radicalmente beligerante, con nuestra especie. Algunos pensamos que ni siquiera vamos a dejarles esa opción, que esas generaciones no van a tener ni siquiera la posibilidad de defenderse

En unos pocos años, la frivolidad propia de los medios de opinión ha permitido a los informadores pasar de un pudor monjil a la hora de hablar del *cambio climático*, como si se tratara de escatológicos rumores emitidos por las fuerzas del mal, no confirmados y capaces de desequilibrar el orden social y de escandalizar a la gente de buenas costumbres (es decir, los más feroces consumidores de energía), a la desvergüenza de soltar terribles noticias sobre el avance de la destrucción (por ejemplo la catastrófica transformación del Polo Norte en una charca) prácticamente sin comentarios. Dan por hecho que todo el mundo está ya al tanto de lo que le estamos haciendo al planeta y presuponen que también todo el mundo sabe que no hay que prestar demasiada importancia a estas cosas: No va a pasar nada, *ellos* se lo saben, disponen de magia tecnológica, siempre hay una solución y lo van a resolver en un pispás porque desde luego no se va frenar el progreso, como amenazan algunos agoreros. Algunas *tendencias estadísticas* que, hace cincuenta años, apuntaban el avance de la crisis

global se consolidan: continúan el declive forestal, la pérdida de diversidad, la desaparición de especies y la carestía de agua, suben las temperaturas globales, se ahondan las diferencias en la distribución de la renta, la mitad de las lenguas del globo está en extinción, se incrementa la producción y el uso de armas pequeñas, aumenta vertiginosamente la población urbana, particularmente en los países del Sur, etcétera. Entre la abundancia de *evidencias* me interesa resaltar más los datos que se refieren a los factores que a los síntomas de la destrucción: en los últimos cuarenta años se han duplicado el consumo energético mundial y la emisión de gas invernadero y se ha multiplicado por tres la producción de automóviles. En los últimos diez se ha reducido en un 20% la fabricación de bicicletas, que alcanzó su record en 1987.

Casi nadie niega tampoco que nuestras grandes ciudades son cada vez más inhabitables, física y psíquicamente, para una gran mayoría de ciudadanos, ni que otras muchas, en todo el mundo, lo son más aún.

La pérdida del paraíso y el surgimiento del malestar urbano

... el mundo está ahora durante el reinado de la discordia como lo estuvo antes bajo el dominio del amor

Empédocles de Agracas: *Sobre la naturaleza*

La brutal transformación económica que nos está echando encima la globalización impuesta por el Nuevo Orden Mundial está determinando, desde hace unos años, la crisis del Estado del Bienestar que fue propugnado por

las socialdemocracias tras la guerra mundial. Su vigencia ha sido puesta en cuestión por el Poder que nos gobierna y, sumisa consecuentemente, por los políticos europeos. Esta crisis no sólo está teniendo efectos económicos y sociales muy graves sino que determina su crecimiento, incide sobre la estructura, la forma y el funcionamiento de las ciudades, sobre el ambiente urbano físico y social, sobre el comportamiento de los ciudadanos, sobre su actitud vital. Algo importante se está derrumbando en el alma de los ciudadanos que habían creído, a pies juntillas, en la utopía del Estado del Bienestar.

Empieza a hacerse patente que las cosas no van tan bien como dicen los gobernantes, que el florecimiento económico actual apuntala el futuro sólo a unos pocos, que, por debajo, existe una crisis profunda, impuesta por el mal uso de los recursos, por la ineficaz gestión de la cosa pública, por el torcido encauzamiento del vago deseo de lo que ha dado en llamarse felicidad, por la servidumbre de la ciencia y la técnica a poderes ajenos, por el furor de lucro, por el desprecio a la naturaleza, por el acoso al humanismo... y que hay que aprovecharse con audacia y rapidez de la pasajera bonanza.

Estamos pasando, con rapidez, del Estado del Bienestar al *Estado de la Oportunidad*, el estado del oportunismo, del «agarra lo que puedas no vaya a ser que...», de la angustia del enriquecimiento rápido a costa de quien sea y de lo que sea «por sí las moscas». Y queda el regusto de que, en realidad, estos años no estamos viviendo en el «bienestar» sino en el «derroche».

Al llegar la democracia, los españoles, con un retraso de treinta años respecto a Europa, vislumbramos el «Estado de Bienestar». Este advenimiento vino acompañado de una profunda revisión de los valores que, de alguna manera, daban genuino carácter a nuestra cultura. Solidaridad, dignidad, honor, honradez, respeto al prójimo, entereza, laboriosidad, decencia, fraternidad, interés por la cosa pública, filantropía, prudencia, etc... han sido los valores que, sin recurrir a los religiosos, sin echar mano a la ética, han estado en la base de la cultura mediterránea.

Estos valores, durante las dos últimas décadas, han sido puestos en cuestión, se han considerado superados por la euforia del despilfarro que ha definido la conducta de los europeos en general y de los españoles en especial (como nuevos ricos que somos). Valores con un fuerte contenido social, que se han sustituido por otros radicalmente opuestos como éxito individual (el «triunfador» de las películas *made in USA*), agresividad, competitividad, apoliticismo, versatilidad, audacia, capacidad de consumo, habilidad para la simulación, ilimitada fe en la tecnología, desprecio de la ciencia crítica, cinismo, falta de escrúpulos, etc... que son los valores de la cultura que nos coloniza, de la cultura del Imperio, es decir, de la anticultura yanqui. De todo ello da razón y testimonio el Pensamiento Único.

El fiasco es descomunal. El Estado de Bienestar va desapareciendo por el escotillón y, frente al fantástico porvenir simbolizado en nuestra incorporación a Europa, materializado en la modernización de nuestra sociedad, se hace sitio la amarga certidumbre de que, salvo

para algunos pocos, va a ser imposible alcanzar los objetos sagrados de la cultura imperial: el poder personal, el éxito, las riquezas, la felicidad, etc. Poca gente cree que la relativa bonanza que estamos viviendo pueda ser duradera y que sus resultados a medio y largo plazo vayan más allá de la consolidación de la preponderancia de las grandes empresas, de los grandes capitales. La gente empieza a tener conciencia de la magnitud y trascendencia de los problemas que tenemos delante y de lo que puede derivarse si seguimos por el camino que vamos (por el que nos llevan). Se intuye que el sistema ecológico es finito y débil y está enfermo, quizá muy grave; que el sistema económico, apoyado en valores volátiles y especulativos, está podrido y no tiene salida; que el sistema productivo es decididamente ineficiente y no puede mejorarse salvo arrojando miseria sobre una mayoría (o liquidando a una gran parte); que el sistema social es injusto y va a serlo más aún...

En la ciudad, oscuramente, los ciudadanos intuimos cómo cada día se acrecienta la distancia al poder, cómo los verdaderos órganos de gobierno están cada vez más lejos, cómo actúan con indiferencia absoluta respecto a nuestro verdadero bienestar y comprobamos que la ciudad funciona cada vez peor, que es incómoda, ruidosa, cara, sucia, maloliente, peligrosa, injusta, inaccesible... Y no sabemos bien por qué, ni qué es lo que se podría hacer para que las cosas se enderezasen un poco. Al compás de la implantación de la Economía Mundo, guiadas por fuerzas distantes, las ciudades del Primer Mundo procuran encontrar un sitio en el tinglado de la toma de decisiones

político-económicas, se esfuerzan y compiten para situarse en un puesto de «comando». Si consiguen ser admitidas en el «club de comandos», se transfiguran en «ciudades en marcha» y en consecuencia destruyen el medio ambiente, derrochan energía, producen enfermedades, generan desorden, se hacen incómodas, inaccesibles e inseguras, resultan imposibles de mantener decorosamente, vomitan toneladas de residuos, devoran, desertizan y corrompen el territorio circundante. En su interior los valores culturales se debilitan, se deshace la cohesión social y se sustituye por una batalla competitiva en la que cada cual combate para sí mismo en pos del «triumfo» individual. La economía se terciariza y se subordina. La sociedad en su conjunto se dualiza, su tejido se atomiza y acaba por marginar y excluir a los menos aptos de la especie. Desarticulado el entramado productivo local se destruye empleo, destrucción que no es capaz de frenar el etéreo nuevo sistema productivo.

Aparecen barrios «peligrosos» donde ni la policía se atreve a entrar. La mentalidad militarista, la actitud xenófoba y el racismo encuentran argumentos para propagarse. En el campo de la vivienda se agravan los problemas endémicos y se revelan otros nuevos... Al igual que el planeta, también la ciudad se divide en dos ciudades diferentes y con frecuencia enfrentadas: el Sur y el Norte.

En su extremo Sur, la ciudad destila un subproducto humano miserable, creciente en número, que no tiene sitio en el nuevo y brillante escenario superficial, que o bien es centrifugado al extrarradio donde brotan chabolas o bien es centripetado a los barrios centrales

donde sobreviven los «sin techo» disputando las sobras de la opulencia a las ratas. Los mendigos roban a los mendigos.

En el otro extremo, *el Norte*, se acentúa físicamente el contraste socio-económico. El Poder, desde siempre, ha procurado proyectar con potencia su imagen en cal y canto, en mármol y oro, en cristal y acero, sobre la ciudad. Es cosa sabida que, a lo largo de los tiempos, los volúmenes de castillos, catedrales, fuertes, palacios, rascacielos, han expresado espacialmente, en cada momento histórico, la imagen de las soberanías dominantes, gobernando también, rotundamente, el perfil urbano, la «línea del cielo» que se dice ahora. En los últimos tiempos la escalada está siendo agresiva y brutal. Los bancos, las grandes empresas, los grupos turbios, han emprendido una carrera exhibicionista que sería ridícula si no fuese insultante desde el punto de vista ético, estético y social.

Puestas ya en marcha, las ciudades, empujadas por el imperante sistema económico y de producción, se despliegan en una dirección que conduce inexorablemente a un futuro que, como mínimo, debería preocuparnos: en él se configura un espacio urbano (biológico, físico, económico y social) que, siendo optimistas, probablemente será maravilloso para una minoría; posiblemente será mediocre, agobiante e incómodo para la mayoría; con seguridad será miserable para otra minoría creciente en número y en intensidad; y, lo que es peor aún, hay pocas dudas de que ese espacio, multiplicado sobre toda la redondez del planeta, engulléndolo todo, siga reuniendo las condiciones necesarias para que la especie humana sobreviva.

El resultado de todo este bien planeado caos es el florecimiento íntimo de ese confuso sentimiento de malquerencia, irritación, agobio, desconcierto, soledad, y asco ante la miseria, que ha dado en llamarse «malestar urbano». Las utopías se han convertido en quimeras. La ciudad se ha endurecido. La calle se ha vuelto inexorable. Todo el mundo gruñe, todo el mundo se siente estafado y solitario. No canta nadie. El vecino hurta la sonrisa. Las cosas se convierten en símbolos, los lugares en sitios. Los músicos callejeros derraman melancolía o predicán violencia. Parece que se ha muerto el último poeta.

La crisis del Estado de BIENESTAR se manifiesta, en el medio urbano, precisamente como MALESTAR. En la mayoría de las grandes ciudades, afectadas por un innegable y acelerado proceso de descomposición física, económica, cultural, ética y estética, un número creciente de ciudadanos, localizados preferentemente en sus barrios periféricos, están insatisfechos y disconformes con el tipo de vida que, cada vez con mayor dureza, le imponen la estructura, el ambiente, la forma y el funcionamiento urbanos. El malestar urbano viene a ser como una enfermedad del alma que ataca a una buena parte de los ciudadanos y con mayor gravedad a los que residen en los barrios del Sur que, como es bien sabido, suelen ser los que menos disfrutan de los beneficios de la diosa fortuna.

Los urbanitas dicen con frecuencia: «En esta ciudad no se puede vivir!». Les embarga una confusa sensación mezcla de irritación, de desesperanza, de desconcierto, de agobio, de impotencia. Los profesionales del urbanismo no saben qué hacer para combatir este mal, los

políticos tampoco. Son conscientes de que, aunque se han fabricado muchas cosas (viviendas, escuelas, polideportivos, centros culturales, calles, aparcamientos, semáforos, pasos subterráneos, opulentas vías de circunvalación, hasta parques y jardines) no lo han debido de hacer demasiado bien porque, a pesar de todo, la gente no se encuentra a gusto y se queja. Empiezan a darse cuenta de que es muy difícil poner remedio a cuestiones de las que apenas se quieren conocer las causas.

Las recetas económicas, sociológicas, legales, las prótesis de diseño que se han utilizado para intentar resolver los problemas urbanos durante los últimos treinta años han fallado. En vista de lo cual, ahora, para cambiar, en vez de tirarse a fondo en el conocimiento de los problemas e intentar saber por qué las cosas no han ido bien, tienen una fe incombustible en la tecnología (y en la policía). Creen que la tecnología (y la policía) lo puede resolver todo y se disponen a utilizarla (utilizarlas) para colarnos en el mejor de los mundos. Y dentro del mundo de la tecnología es en la rama de las telecomunicaciones y de las representaciones «virtuales» donde piensan que está la llave de un futuro más feliz. Aterroriza pensar hasta donde puede llevarnos el futuro tecnológico (policial y virtual) que se nos avecina a los europeos, es decir a los privilegiados del mundo.

Sobre este paisaje desolado se arrastra la bestia¹.

El secuestro del medio ambiente

No creo que, hace diez años, más de una docena de urbanistas tuviese, en España, la menor idea de lo que es la ecología y menos aún

de la entropía. Hoy todos se atragantan con el abuso de las dos palabrejas. Otra cosa es que entiendan enteramente su significado, que se hagan cargo de que con la atmósfera ya no se puede seguir jugando porque está al borde del colapso y que surgirán situaciones irreversibles si continuamos derrochando energía y agua estúpidamente y arrojando toneladas de mierda al aire, a los mares y a la tierra.

La Segunda Ley de la Termodinámica arroja al vertedero de la historia toda la ciencia y la tecnología sustentadas en la aplicación mítica del paradigma mecanicista. El reconocimiento de la fragilidad de los procesos biológicos, cuando sus interrelaciones, subsidiariedades y dependencias son negadas, contribuye a iluminar el nacimiento de una etapa que se caracteriza por la puesta en cuestión de muchos de los fundamentos del conocimiento humano. Las implicaciones de esta revolución en el campo de las teorías y prácticas del planeamiento territorial, incluyendo sus derivaciones urbanas, son catastróficas para la tan consolidada manera de hacer la ciudad en beneficio de unos pocos que hemos padecido en estos últimos veinte años (bajo el influjo de los *masters* que todo lo aprendieron en USA). Parece difícil que muchos urbanistas acepten tamaño revolución de los fundamentos de su conocimiento y menos toleren (porque les va la bolsa en ello) un cambio de lenguaje, herramientas y fórmulas establecido a las luces de la ley de la entropía y de la ciudad vista como un sistema ecológico. La aparición del medio ambiente como un factor más de la problemática de nuestras ciudades debería hacer cambiar radicalmente las reglas de juego del pla-

neamiento y convertirse en una grieta en la rutinas urbanísticas. Una grieta que habría que ahondar para intentar que el equilibrio se estableciera, para intentar que la ciudad volviera a ser, por lo menos, el resultado de la ponderación de intereses encontrados.

Tampoco estoy seguro de que los urbanistas al uso sepan que el deterioro medioambiental no es sólo una desgracia que se presenta aleatoriamente en una ciudad especialmente contaminada sino un problema globalizado que si se agrava puede liquidar a la especie humana; que, al ser el Planeta limitado, también el crecimiento de la producción y del consumo debe ser limitado (tal vez congelado); que ese crecimiento es responsable de la destrucción del medio ambiente; que no es posible seguir destruyendo el medio ambiente porque también tiene límites; que, si seguimos consumiendo, creciendo y destruyendo, de esa destrucción no se va a librar nadie (salvo, quizá, los pocos que puedan huir a Marte si han conseguido crear una atmósfera respirable a tiempo); y que, lo que es peor aún, todo este razonamiento nos sugiere que el Sistema es capaz de apropiarse de todo, incluso de la bandera de la defensa del medio ambiente, en su propio interés, claro.

Peor aún es comprobar cómo, efectivamente, la preocupación oficial (mundial, europea y española) por el medio ambiente se va degradando, hasta quedarse en pura rutina burocrática, en torpe paperlerío. Tras un brioso arranque anunciado en altisonantes declaraciones públicas, la política medioambiental, que debería incidir global y decididamente sobre todas las actividades humanas, especialmente

sobre la manera de hacer ciudad, y cambiar radicalmente la peligrosa situación actual, se va desmenuzando y desvalorizando en instrumentos legales y normativas específicas para acabar secuestrada en manos de los profesionales que las aplican y de los burócratas que controlan su cumplimiento, ambos a las órdenes más o menos directas de los grandes empresarios.

Las conferencias internacionales en la cumbre que se iniciaron con tan buenos auspicios son ahora fiascos, estafas, escaramuzas de mezuquinos bandoleros de chaqué que, totalmente al margen de la realidad, se limitan a ser impúdicos escenarios donde, entre las bambalinas, se defienden y afianzan los intereses de los grupos y empresas dominantes, se repercuten culpabilidades, se establecen pactos vergonzosos, se compran y venden responsabilidades y honras, se pudren diplomacias y se pretende generar estúpidas esperanzas. Las altas instituciones oficiales internacionales, Banco Mundial, Fondo Monetario Internacional, Organización Mundial del Comercio, etc..., responsables de la marcha del tinglado económico y político pactan, por su lado, en secreto, están sometidos sin ambages a lo que les manda el Poder que nos gobierna y, de un tiempo a esta parte, en sus juergas públicas (Seattle, Washington, Praga), incapaces de dar la cara ante la gente que les pide cuentas, de dar razón del abandono de sus teóricamente altas funciones que les han sido encomendadas por la humanidad, de explicar sus tejemanejes inconfesables, sus contubernios con los poderosos, sus entregas al que mejor paga, salen vergonzantes por la puerta trasera, con el rabo entre las

piernas, haciendo el más espantoso de los rídiculos (eso sí muy bien pagado) ante la opinión pública. Claro es que, como todo está previamente acordado y los pactos para repartir beneficios y plusvalías han sido firmados con antelación suficiente, estas reuniones, congresos y asambleas de cofrades son pura representación y no se celebrarían si sus miembros no tuviesen más remedio que asomar la gaita de cuando en cuando para justificar sus formidables emolumentos ante los paganos y si no fuera por los pingües beneficios privados: las dietas, honorarios extraordinarios, propinas, y gabelas gastro-económico-sexuales, que los delegados disfrutan a costa nuestra y que en buena parte, una vez terminada la desapacible reunión, se llevan a su casa como compensación por haber sufrido los insultos e improperios que les han infringido unos pocos miles de malvados ecologistas y rojos recalcitrantes al servicio de... (¿quién?, si ya no queda oro en Moscú).

El arte de la construcción es la ciencia de la destrucción

Construir es consumir y disipar energía

La evolución biológica y el progreso histórico han producido una pequeña burbuja de orden en un universo cada vez más desordenado...

Jesús Ibáñez: «Los futuros de la ciudad»
en *Sociología de la vida cotidiana*

La ciudad es la obra maestra de la sociedad humana, probablemente el producto más acabado de la capacidad creadora de nuestra especie. Es el artificial y muy organizado ám-

bito de la política, la convivencia y el descubrimiento, un soberbio almacén del tiempo, un perfecto depósito de sabiduría e historia y a la vez un formidable generador de actividades de todo tipo, un organismo capaz de crear orden físico, social, político, económico y cultural. La ciudad concentra actividades, es un potente foco generador de orden y, en consecuencia, un vigoroso epicentro emisor de desorden: una eficaz fábrica de mierda física y social.

En virtud de la segunda Ley de la Termodinámica y como consecuencia del orden que crea, la metrópoli engendra montañas de desorden. Cuanto más orden, más desorden. Destruye dentro y fuera, su entorno y sus territorios fantasmas; el cuerpo y el alma de sus habitantes y de sus habitantes fantasmas (habitantes de territorios fantasma, en este caso no tan fantasma: se trata concretamente del Tercer Mundo, la periferia o como quiera que lo llamemos). Es *UNA BURBUJA DE ORDEN QUE VOMITA OCÉANOS DE DESORDEN*.

En nuestra civilización, las ciudades son el punto arquimédico de la creación del desorden global, no sólo porque es en ellas donde se toman las decisiones que destruyen, donde reside el Poder (las Delegaciones del Nuevo Orden Mundial), sino porque en sí mismas son focos de entropía, de pudrición, inmensos generadores de ruido, de basura, de gases contaminantes, potentísimas máquinas provocadoras de impactos sobre el medio ambiente. La ordenada ciudad actual es hija del desorden y madre del desorden, cuanto más se organiza, cuanto más se desarrolla, cuanto más crece, más desorden genera. La ciudad acoge y des-

troza, crea y mata. Es, al mismo tiempo, verdugo y víctima.

La industria de la construcción es uno de los pilares básicos de la floreciente economía de la ciudad y, por tanto, de la riqueza y la diversidad de la vida urbana de las cuales, al menos en teoría, deberían beneficiarse todos sus habitantes. Es también una de las actividades que establecen más orden. Calles, paseos, plazas, parques, jardines, grandes infraestructuras de comunicación, transportes y servicios, barriadas, edificios, casas, centros de irradiación de cultura, salud, producción y consumo, de cobijo para las relaciones, etc... son los frutos de su quehacer, el territorio donde operamos y del que vivimos un sinfín de trabajadores, especialistas, expertos, técnicos, políticos, financieros, gestores, comisionistas, logreros, caraduras, constructores, arquitectos y otros profesionales. Es, en consecuencia, una de las actividades que generan más desorden. Todos los objetos producidos por la construcción, sean grandes o pequeños, bellos o feos, adecuados o no, organizan el espacio urbano, lo reglamentan visual y funcionalmente, lo estructuran social y económicamente, crean un sólido orden urbano, pero al mismo tiempo, en virtud de la inexorable segunda Ley de la Termodinámica, su producción y su uso engendran desorden, hieren al medio ambiente urbano e inciden en la salud física y psíquica de los ciudadanos, en su comportamiento y en su destino.

La actividad constructora consume, transforma y derrocha cantidades ingentes de energía (y de agua), directamente en la obra, en todo el proceso constructivo, en la aplicación

de sistemas, máquinas y técnicas. E indirectamente en los desplazamientos de personal, en la extracción, la fabricación industrial y el transporte de los materiales. El consumo energético se multiplica en el caso de que se empleen técnicas, máquinas y materiales inadecuados que son fuertes consumidores de energía en su fabricación, en su instalación y transporte. Cuánto más alto se construye tanta más energía se dilapida. Con frecuencia, los materiales, las técnicas y las máquinas son importados: mayor incremento del consumo energético. A veces es incluso necesario «importar» también la mano de obra: el gasto energético se multiplica.

Secreciones, excreciones y otros menesteres cópricos

La ciudad es en lo sociológico, como el cuerpo en lo biológico, una fábrica de mierda.

Jesús Ibáñez: «Los futuros de la ciudad»
en *Sociología de la vida cotidiana*

La construcción es un eficiente departamento de la gran fábrica de mierda ambiental y social que es la ciudad. Un departamento especializado en evacuar excrementos que no pueden ser reciclados como alimento por la propia ciudad o por el campo que la rodea.

Para empezar, los actores son (somos) especialmente entrópicos a la hora de desarrollar nuestro trabajo: En las fases previas de estudio, proyecto, gestión..., los estudios de arquitectura, las empresas constructoras, los promotores, gestores, tecnócratas, asesores, consultores, financiadores, exportadores e importadores, delegados, notarios, vendedores, editores, impresores, agencias de publicidad y de relaciones

públicas, comisionistas, *brokers*, mensajeros con sus motos y su ruido, banqueros con sus impresionantes automóviles y su ruido, corretores de fincas y su ruido, organizaciones profesionales, etc., consumimos ingentes cantidades de energía a través del uso y abuso de papel, tinta, lápices, mobiliario, ordenadores, teléfono, fax, internet, copias, fotocopias encuadernaciones, folletos, cartas, propaganda, revistas, normativas, publicaciones, calefacción, aire acondicionado, frigoríficos, charlas con representantes, reuniones, visitas de obra, cafés, comilitonas, extremada movilidad, desplazamientos dentro y fuera de la ciudad, viajes rápidos, organización, oficinas centrales y delegaciones, consejos de administración, relaciones públicas, casetas de obra refrigeradas, desplazamientos, teléfonos móviles, sedentarios y para exhibir en sociedad, comilitonas, contratas, subcontratas, destajos y pistoleros, etc. Más y más teléfonos y conversaciones telefónicas, más y más faxes, más y más papel, más y más desplazamientos, transporte y comunicaciones, más reuniones, más cafés, más comilitonas, etcétera. Más y más innecesarias renovaciones de todas las máquinas y herramientas por imperativo de los monopolistas de la informática y en cumplimiento de los mandatos de hacienda.

El proceso constructivo, en cada una de sus etapas, que son capítulos de la formación del conjunto armónico que es un edificio, arroja su correspondiente desbarajuste, desde la llegada de los materiales al tajo hasta la limpieza final de la obra acabada. En cada paso se producen desechos: tierras sobrantes, cabillas y estacas de un solo uso, maderas y plásticos de

embalaje, vertidos no controlados, clavos, puntas mellados, redondos recortados, cintas y redes rotas, andamios, encofrados y moldes deteriorados, montañas de tejas, ladrillos y azulejos descacharrados, masas de cemento y de yeso inutilizables, aparatos sanitarios desportillados, pintura desperdiciada, vidrios rotos, muestras rechazadas, máquinas obsoletas, herramientas gastadas, guantes y botas viejos, impermeables agrietados; papeles, bocadillos inacabados, cáscaras, latas y botellas de plástico, agua y más agua mal utilizada... y sudor, excrementos, accidentes, discusiones, reprimendas, despidos, broncas, y con cierta frecuencia muertes... Todo ello suponiendo que ninguna demolición, ningún desalojo forzoso, ninguna extorsión normativa, ninguna operación fraudulenta haya precedido a la obra nueva.

Y cuando un edificio se termina, se ocupa y se usa, se reinicia inmediatamente el trabajo de la entropía y vuelta a empezar, a intentar recuperar el orden que se pierde. Vuelta a empezar: uso, mantenimiento, conservación, reparaciones, rehabilitaciones, remodelaciones y reconstrucciones. Más actividades constructoras, más oportunidades para el negocio, más oportunidades de trabajo para los profesionales, más ocasiones para los comisionistas y demás ralea, más incitaciones al consumo, más hipotecas, préstamos, avales, pólizas e intereses,... **MÁS EJERCICIOS DE PODER, MÁS OPERACIONES FINANCIERAS, MÁS ENTROPÍA.**

Polvo, escombros, basura, gases, ruidos, olores y todo tipo de residuos que van a parar al vertedero físico, al atmosférico y al social.

Algunas preguntas

El capitalismo de consumo es un sistema especializado en la producción de mierda pura: esto es, de excrementos no reciclables como alimentos: de mierda absoluta (de ruido absoluto).

Jesús Ibáñez: «Los futuros de la ciudad»
en *Sociología de la vida cotidiana*

¿Hace falta seguir construyendo tanto en las ciudades españolas cuando sabemos que la población decrece?, ¿hace falta seguir construyendo así?, ¿a quién le interesa este frenético e innecesario desarrollo de la actividad constructora y el crecimiento desahogado de la ciudad, fuera y dentro de su perímetro?, ¿hace falta colonizar la naturaleza periurbana?, ¿hace falta seguir urbanizando el campo?

¿A quién le interesa urbanizar todo el territorio?, ¿a quién le aprovecha estimular la necesidad de consumo no ya de lo innecesario sino de lo gravoso y alienante?, ¿a quién le interesa declarar imprescindible la opulencia, el derroche, la estupidez de las modas?, ¿en qué privilegiado lugar de los errores de nuestra especie debemos colocar los propósitos declarados de ciertos políticos que quieren pasar a la historia como faraones del siglo XXI construyendo edificios más inútiles que las pirámides y encima mucho menos bellos?, ¿hace falta moverse tanto, tantas veces y con tanta prisa?, y, sobre todo, ¿somos más felices por ello?

El ciudadano vulnerado

Pero tú, que viniste a la ciudad para tener compañía, serás herido por la certeza de que en ningún otro lugar se está más solo, ni más agobiado, ni

transido de tanto ruido inútil, ni de tanta suciedad aplastado.

Joaquín Araújo: *La muerte silenciosa*
España hacia el desastre ecológico

En las grandes ciudades españolas hablar de que, no ya todos, sino alguien disfrute del medio ambiente urbano es una macabra tomadura de pelo porque somos todos los ciudadanos quienes padecemos las consecuencias de la multiplicidad y frecuencia de impactos ambientales que la ciudad, mal parida y, sobre todo, mal gestionada, nos arroja a diario. Como es natural, las consecuencias de esta mala gestión las padecen especialmente los vecinos de los barrios del Sur, es decir, los peor dotados económicamente.

Y, sin embargo, el artículo 45 de la Constitución dice: «Todos tienen el derecho a disfrutar de un medio ambiente adecuado para el desarrollo de la persona y el deber de conservarlo». Me parece que se incumple. Del todos de los derechos estamos excluidos muchos, entre otros los que vivimos en ciudades muy contaminadas y el todos de los deberes es, de hecho, una minoría, es decir, los ecologistas conscientes porque los demás (los que abusamos del coche o de la calefacción, los que no separamos la basura, etc...) nos dedicamos precisamente a lo contrario: a destruir el medio ambiente a diario. Al cumplimiento de esta tarea destructora nos ayudan las autoridades con su desidia y su irresponsabilidad, cuando no con su complicidad culpable. En lo que se refiere al cumplimiento de los deberes, la cuestión nos concierne a todos, individual y

41

colectivamente y en cuanto a los *derechos* la tarea es colectiva y se trata, en primer lugar, de exigir a las autoridades que asuman su responsabilidad y cumplan con la ley. La amarga realidad es que el sufrido ciudadano (muchas veces inconsciente o pacientemente bajo la fuerza de la costumbre) sufre cada día un charrón de impactos que van desde los puramente traumáticos en su sentido estrictamente físico hasta los que deforman su capacidad de asimilación de la información y el conocimiento. Una relación no exhaustiva es la siguiente:

Impactos traumáticos físicos

- aglomeraciones, codazos, empujones, agobio, cansancio
- más calor y más frío
- barreras urbanas provisionales y permanentes
- accidentes

Impactos patológicos

- garganta y pulmones, nervios, alergias...
- estrés

Impactos sensoriales

- el oído: ruido, estruendo, bramido
- el olfato: mal olor
- la vista: fealdad (venta del espacio urbano a la propaganda)
- el tacto: suciedad, insulto al tacto
- el gusto: hamburguesas, cocacolas y repugnancias similares

Impactos psicológicos

- anomía, agresividad, angustia, consuminitis

- transformación del sentido del tiempo
- servidumbre de la opinión, el gusto y las costumbres
- presión de la publicidad (manipulación)
- inhabilitación del barrio o de la vivienda: superficie, condiciones higiénicas, ...
- carencia de espacios libres, de dotaciones, ...
- pérdida de calidad de vida, pérdida de la capacidad crítica
- discriminación, marginación, exclusión

Impactos sociales, culturales, económicos y políticos

- malestar urbano, soledad, insolidaridad, competitividad
- destrucción de las redes locales de relación, información y apoyo mutuo
- injustificada creencia en que todo va bien
- sustitución de la compañía humana por la de los animales antropófilos metamorfoseados en personas
- escamoteo del vecino: ocultación de la persona, carestía de la presencia física
- inmediatez de la miseria (el cuarto mundo); los locos, los guetos, ...
- amenaza de la inseguridad (los delincuentes) y de la seguridad (la policía)
- simplificación del lenguaje, ambigüedad, pérdida de vocabulario, exceso de información manipulada
- agonía de la organización popular

Me faltan espacio y tiempo, y me sobra ignorancia para plantear en profundidad, analizar y someter a discusión los problemas que me

he limitado a relacionar, para ahondar en ellos y dar respuestas. Quedan por formular muchas preguntas fundamentales para entender lo que le está pasando a nuestras ciudades y a nuestros conciudadanos, para entender cabalmente lo que hay detrás del formidable cambio que están experimentando la estructura de la sociedad humana, sus valores éticos, sociales, políticos, culturales y económicos, para predecir lo que se avecina. Quedan muchos interrogantes debajo de la interesada perturbación de la percepción individual y colectiva de paradigmas como la verdad, la libertad, la belleza y la felicidad, incluso en niveles cotidianos como pueden ser el bienestar social, las relaciones personales y la calidad de vida.

Del impacto global al impacto local (una metamorfosis perversa)

La constatación del impacto global

A lo largo de esta discusión he tenido presente, de hecho, a una sola ciudad: Madrid, que es la mía. Sabemos que los problemas ambientales de Madrid se producen también, a mayor o menor escala, con mayor o menor virulencia, en muchas ciudades del Primer Mundo.

Pero como sabemos también que en nuestras ciudades el crecimiento se ha frenado, que los impactos sobre el medio ambiente están más o menos controlados y que la conciencia de los ciudadanos y de los gobernantes se ha sensibilizado un poco, podemos dormir relativamente tranquilos (*tengan paciencia, es-*

tén tranquilos: nuestras ciudades van regular pero van a ir mejor en el futuro, nos estamos ocupando y no se preocupen demasiado porque la crisis es pasajera, la vamos a resolver y no vamos a volver a los tranvías de mulas).

Si colocamos en la balanza del medio ambiente global el centenar largo de ciudades tercermundistas esparcidas por el Mundo (Bangalore, Bangkok, Bogotá, Bombay, Calcuta, Ciudad de México, Delhi, El Cairo, Estambul, Hong Kong, Karachi, Lagos, Lahore, Lima, Madrás, Manila, Pekín, Río de Janeiro, São Paulo, Seúl, Shanghai, Terán, Tianjin, etc...) cuyo crecimiento es imparable, cuyas condiciones sociales y ambientales bordean la catástrofe, cuyos controles sobre el deterioro atmosférico son mínimos o inexistentes, cuya producción de residuos es gigantesca... si consideramos que en un plazo relativamente breve, si Dios no lo remedia, el 80% de la humanidad vivirá en ciudades..., entonces podemos imaginar en toda su magnitud lo que se les viene encima a las generaciones futuras.

Para calibrar a medias ese futuro sería necesario calcular el resultado de la operación de multiplicar la suma de un número incalculable de impactos locales por la suma de las acciones destructoras de cientos de ciudades, incluyendo los demás factores destructores que aunque están localizados fuera de la ciudad son su correlato y la consecuencia de sus necesidades y exigencias. Habría que ponderar la acción conjunta y coordinada de las fuerzas que dan lugar al impacto global que sufre el clima de todo el planeta y que se manifiesta en

fenómenos físicos y químicos innegables como la contaminación atmosférica, el efecto invernadero, el agujero de la capa de ozono, la lluvia ácida, la sequía y las inundaciones, el calentamiento general... todos esos fenómenos que en su conjunto los científicos llaman el «Cambio Climático».

La constatación pública de la existencia, científicamente evidente ya, del Cambio Climático ha sido dificultosa y larga. No obstante, aun antes de que se produjera esa constatación, algunas instituciones reaccionaron positivamente ante las advertencias de los científicos, intentaron informar al público y pretendieron que los gobiernos tomaran medidas para frenar su avance y proteger globalmente al medio urbano y, por tanto, a los ciudadanos de todo el mundo. Así surgieron algunas propuestas, declaraciones y recomendaciones que abordaban el problema en toda su dimensión. Algunos documentos como los primeros informes del Club de Roma, el «Libro Verde del Medio Ambiente Urbano», las primeras directivas de los organismos competentes de la Comunidad Europea, informes y propuestas oficiales, y ciertos acuerdos tomados en las primeras reuniones internacionales para discutir «en la cumbre» específicamente los problemas medioambientales (Río, Osaka, Buenos Aires) apuntan en esa dirección. En teoría no tendría que haber mayores problemas para tomar decisiones locales y empezar a resolver el problema. Pero el Poder, por todos los medios a su alcance, contrataca y lo hace porque se está poniendo en juego su futuro. En consecuencia, aún ahora que el reconocimiento es oficial público y notorio, es frecuente topar

con gentes «generalmente bien informadas» (es decir, influidas por el Pensamiento Único) que ponen en duda la realidad del Cambio Climático, que pretenden desvirtuar los argumentos en que se apoya su reconocimiento, que banalizan sus efectos, que incluso lo niegan radicalmente y ridiculizan, tachándonos de ingenuos, agoreros, antiprogresistas o submarinos de la subversión a quienes lo utilizamos como baza en una discusión sobre cuestiones profesionales como puede ser el ambiente urbano.

El poder contrataca

Las medidas que habría que tomar para controlar el Cambio Climático, algunas de las cuales afectarían a nuestro comportamiento diario (frenar el consumismo, prescindir del automóvil privado en la ciudad, bajar el nivel de confort...) a costa de ganar calidad de vida, convergen en una sola: *reducir el consumo energético* y reducir el consumo energético significa, sin ambages, atemperar el crecimiento económico, es decir, abrir una vía de agua por debajo de la línea de flotación del Nuevo Orden Mundial.

El Poder que nos gobierna en el interior de ese Orden está en el origen de todos los impactos, el global y los locales (que no son sino manifestaciones localizadas y tangibles a diario del global). Su cimiento es el crecimiento de la producción y el consumo (o crece o muere), su fluido vital la energía y, con toda lógica, después de un primer período de lucha para desvirtuar los fundamentos científicos del Cambio Climático en el campo político internacional y frenar su reconocimiento, perdida la

primera batalla frontal, ha adoptado una táctica guerrillera utilizando su arma más versátil y eficiente: el *Pensamiento Único* mediante el uso arrasador de los poderosos medios de información, comunicación y manipulación de la opinión que están en sus manos. El nuevo ataque se produce en todos los frentes desde el económico hasta el psicológico (y, por si todos los argumentos fallan, de vez en cuando, con la capacidad de convicción que le caracteriza, el Poder nos recuerda que los cañones están alerta).

En *economía*, el discurso es brutal, directo, va a por todas: si se frena el crecimiento del consumo, en especial el energético, el Poder preconiza el desastre global, el caos, la vuelta a la Edad Media, el regreso de los brujos, el fin de Occidente; anuncia la miseria absoluta, la muerte de todos por inanición. Es un argumento milenarista, completo, poderosísimo.

En el campo de *la cultura* el ataque es subterráneo, se mueve por la vía de la manipulación del inconsciente. Un ejemplo claro, de sutil intervención lingüística, es la sustitución de términos que pueden producir una cierta alarma social como «*impacto*», generalmente usado en la legislación y la normativa, por otros más suaves que apenas despiertan desconfianza como «*incidencia*» que ha empezado a utilizarse hace unos años como sustitutivo (Plan General de Ordenación Urbana de Madrid). La palabra *impacto* define bastante bien la agresión que se ejerce sobre el medio ambiente: de las cinco acepciones que del vocablo *impacto* recoge el Diccionario de la Real Academia Española cuadra muy bien la primera: «choque de un

proyectil en el blanco». Joan Corominas, en su diccionario etimológico, precisa un poco esta acepción: «choque con penetración, como el de la bala en el blanco, s. XIX. (Tomado del latín tardío *impactus*, *-us*, “acción de chocar”, derivado de *impigere* “empujar, lanzar”»). Según la Real Academia la palabra *incidencia* significa: «lo que sobreviene en el curso de un asunto o negocio y tiene con él alguna conexión». El diccionario añade una definición de la locución adverbial *por incidencia*: «por accidente, por casualidad». Y me permito transcribir la 30ª acepción del sustantivo *incidente*: «cuestión distinta del principal asunto del juicio, pero con él relacionado, que se ventila y decide por separado, a veces sin suspender el curso de aquel y otras suspendiéndolo; caso este que se denomina de previo y especial pronunciamiento». Etimológicamente, Corominas enseña que *incidir* significa «caer o incurrir» (en algo), hacia 1680 (del latín «*incidere*» derivado de «*cadere*»: caer).

45

La segunda y mucho más significativa manipulación cultural por medio del lenguaje es la reducción geográfica del impacto, su metamorfosis de global en local, su domesticación. Una vez más se trata de utilizar la vieja táctica del «divide y vencerás».

En el terreno de la acción estamos asistiendo a una degeneración progresiva de los buenos propósitos iniciales implícitos en la exigencia de la valoración de los impactos mediante la imposición, letal, de la más ramplona burocracia, hasta transfigurar un problema real y gravísimo en un crucigrama que puede resolverse con la más estúpida de las rutinas técnico-ad-

ministrativas. La defensa frente a los impactos generados por determinadas actividades, su neutralización pública se ha convertido en un trámite más o menos engorroso, ha degenerado en la cumplimentación de unos impresos, en la aplicación de trucos de ordenador, en mero papeleo. Hay profesionales que valoran el impacto, lo justifican y minimizan en un pispás, rellenan el impreso con un golpe de ratón informático, sin moverse de su oficina, sin conocer el proyecto destructor, sin dignarse poner el pie en el suelo del territorio amenazado.

Finalmente, en la esfera de *lo psicológico*, Papá Poder nos tranquiliza a diario, amablemente. Con la voz amiga, cálida y convincente del Pensamiento Único, nos dice:

No te preocupes que yo velo por ti, te conozco y conozco tus problemas, defendiendo tus intereses, lo voy a resolver todo con mi formidable poder económico, con mi potente aparato de investigación, con mi increíble tecnología: (CONFÍA EN MÍ).

Hacia una sociedad de baja entropía

Hay optimistas que proclaman que todos los problemas tienen una solución, que las crisis del mundo moderno no son nada más que problemas de principiantes en el camino hacia una opulenta madurez. Hay pesimistas que hablan de una inevitable catástrofe. Lo que necesitamos son optimistas que estén totalmente convencidos de que la catástrofe es ciertamente inevitable salvo que nos acordemos de nosotros mismos, que recordemos quiénes somos: una gente peculiar destinada a disfrutar de salud, belleza y permanencia; dotada de enormes dones

creativos y capaz de desarrollar un sistema económico tal que la gente esté en el primer lugar y la provisión de mercancías en el segundo.

E.F. Schumacher: *Lo pequeño es hermoso por una sociedad y una técnica a la medida del hombre*

Proteger al medio ambiente

Nadie, hoy en día, pone en duda que hay que proteger al medio ambiente. La razón nos dice que si hay que proteger algo es porque otro algo o alguien está amenazando o intimidando, agrediendo, atacando, maltratando, golpeando, malhiriendo, o destruyendo al primer algo. Quizá, incluso está poniendo su integridad o su existencia misma en situación de peligro. Para entendernos voy a llamar *agresión* a la acción que, desde fuera, se está ejerciendo sobre el medio ambiente. No creo que nadie pueda oponerse a que se utilice el término *agresión*, puesto que esa palabra podría definir desde una inocente amenaza hasta una potencial destrucción (incluso, en virtud del Pensamiento Único, ha adquirido un sentido positivo: *hay que ser agresivo*). Así pues, convengamos en que el medio ambiente está sufriendo una agresión. En cualquiera de los supuestos la protección parece necesaria o al menos conveniente. Sobre esta cuestión ya no hay unanimidad, hay quienes piensan que proteger al medio ambiente es meramente conveniente y no urgente y quienes están convencidos de que no sólo es necesario sino imprescindible y urgentísimo. Una tercera cuestión se plantea sobre cuál es el tipo y la gravedad de la agresión que está padeciendo el medio ambiente. Desde que esté simplemente ame-

nazado hasta que su existencia esté en peligro hay una serie de estados intermedios. También aquí las opiniones varían: hay quienes creen que se trata de una amenaza casi teórica y los hay que están aterrorizados porque están convencidos de que la agresión es definitiva y letal.

Muchos, con la fe entregada a la tecnología que reside en las manos del Poder que nos gobierna, creen que siempre habrá una solución, que ellos terminarán por arreglarlo. Otros piensan, que no hay nada que hacer, que es tarde y el Poder indestructible y que la única postura viable es aceptar las cosas como son y procurar sacar el mejor partido de la vida, ir hasta el final participando alegremente en el festín de la destrucción sin mala conciencia, sin preocupaciones (*al fin y al cabo ¿qué han hecho por mí las generaciones futuras?*)

Personalmente opino, junto a muchos otros, que hay que proteger al medio ambiente porque está recibiendo un *impacto*, es decir, *un choque con penetración, como el de la bala en el blanco, global*, es decir, que afecta a todo el planeta Tierra y *definitivo*, es decir, que puede modificar irreversiblemente la composición de la atmósfera de modo que ponga en peligro la supervivencia de la mayoría de las especies animales existentes en la actualidad, entre ellas la humana.

Opino también que la agresión la está provocando el cada vez más acelerado incremento de la entropía, consecuencia del cada vez más acelerado incremento del consumo energético que genera la actividad humana en pos de una concepción errónea del pro-

greso, y que se hace cada vez más indispensable pensar globalmente y actuar localmente, tomar conciencia de la gravedad de la situación, informar, formar, instruir, demostrar, participar y trabajar con ese peso encima; inmediatamente. Y recuperar del fondo de nuestra sustancia biótica el instinto de apoyo mutuo cuyo uso desde hace 4.000 millones de años tan buenos resultados ha dado a la vida para progresar en un medio siempre difícil.

Invocación a la solidaridad

Son demasiadas las preguntas y pocas las respuestas a la incertidumbre que nos embarga, a la decepción que nos nutre, a la desesperanza que nos desertiza. Y, sin embargo, algunos pensamos que todavía existen fuerzas personales y sociales inutilizadas en los últimos tiempos y que proceden del *instinto de apoyo mutuo*. Instinto que puede actuar en defensa de la supervivencia de la especie, y que es, igual que lo es el de la competencia, inherente a la vida y por tanto a todo lo viviente, y por tanto a todas las especies, y por tanto también a la nuestra. Instinto que permanece larvado pero que sigue latiendo en todos y cada uno de los seres humanos bajo la presión de un individualismo culturalmente impuesto. Instinto que se mantiene pese a los esfuerzos que se han hecho para que desaparezca.

Muerta la participación popular reivindicativa, dormidas las asociaciones de vecinos, desconcertados los sindicatos, enredados los políticos y sus partidos en batallitas internas que, al parecer, les son necesarias para so-

brevivir... pudiera ser que haya llegado la hora de la intervención en el teatro de la ciudad de otros grupos, otras asociaciones, otros frentes que batallen para recuperar lo perdido, quizá haya llegado la hora de los ecologistas radicales, los *okupas*, los marginados, los excluidos, los mestizos, los alternativos, los intelectuales rebeldes, los artistas malditos...

Seattle, Washington y Praga son testimonios recientes de una forma nueva y eficaz de intervenir, de asociarse para tomar la iniciativa, de mostrar el descontento, la rabia contra la imposición *antidemocrática*, a todos los pueblos del mundo, de una política y una economía únicas, de rebelarse solidariamente frente a un Poder que no hemos elegido, cuya nombre desconocemos, pero que nos gobierna despóticamente, sin consultar siquiera a sus delegaciones nacionales. Seattle, Washington y Praga demuestran que es posible, una vez más, intentar colectivamente cambiar el curso de las cosas e iniciar el camino hacia una sociedad menos destructora.

A menos que la mentalidad humana valide sus pretensiones de superioridad adquiriendo un mejor sentido del que posee hoy, guste o no, no somos más que grillos en el campo, gritándonos unos a otros. Nuestras palabras no tienen ni coherencia ni ningún otro destino que una ampulosa pretensión de superioridad que ignora totalmente nuestras responsabilidades con los otros seres humanos, la sociedad y la naturaleza. Así como la función no debe ser confundida con el hecho, la potencialidad no debe ser confundida con la realidad. Una gran parte de la humanidad no está ni remotamente cerca de comprender sus potencialidades, y menos aún, los elementos y formas para su realización. Una humanidad irrealizada no es en absoluto una humanidad, excepto en el más estrecho sentido biosocial de la palabra. En realidad, una humanidad así es más temible que cualquier otro ser, porque posee lo bastante de esa mentalidad llamada inteligencia como para destruir la vida sobre el planeta. [...] Aún somos una maldición sobre la evolución natural, no su realización. Hasta que nos convirtamos en lo que deberíamos ser, haríamos bien en tener miedo de lo que podemos ser.

Murray Bookchin: *La ecología de la libertad, la emergencia y la disolución de las jerarquías*

NOTAS

¹ Breve noticia de La Bestia

En Madrid, cada semana, un vehículo privado mata a un peatón y hiere a 35

A PIE, asociación de viandantes

La ciudad, sus responsables y ciudadanos en general, bajo la indiscutida LÓGICA DE LA IMPRESCINDIBILIDAD del vehículo privado, rinden a diario sacrílego culto de latría, al pequeño destructor urbano cuya actividad nociva conocen sobradamente. Este paradigma de ineficiencia energética produce gases tóxicos que envenenan el ambiente; emite ruidos; arroja calor y malos olores; exige cuantiosos gastos en pavimentos, aparcamientos, pasos subterráneos, señales de tráfico, pinturas

y barreras; asalta las aceras y los pasos de cebra; ensucia y descomponen los monumentos; provoca un chorro de irritaciones, tensiones, insultos y malos modales; etcétera. Y puede matar, tanto al que va al volante como a sus acompañantes, al del vehículo de enfrente, o al desdichado peatón que pasea. Las causas, razones y argumentos que justifican tanta estupidez, devoción y entrega merecen espacio, tiempo y discurso propios. Quede pues para otra oportunidad esta urgente e imprescindible tarea.

Madrid, 17 de noviembre de 2000

Luis Miquel

CITAS Y PRECIOS

Es muy duro aceptar que durante más de trescientos años hemos recorrido una ruta equivocada, creyendo ciegamente, inconscientemente, que la voluntad de acumulación de bienes, la propiedad individual, el desafío a la naturaleza son inherentes a la condición humana y conducen a su perfeccionamiento; que el incesante furor del progreso crea indefinidamente orden. Más duro aún es comprender que vivimos casi de prestado; que estamos destrozando el precario equilibrio en que colaboramos con un sinfín de seres para mantener las circunstancias milagrosas en que se desenvuelve lo que existe; que se ha terminado una era y no sabemos muy bien qué es lo que hay hacer para clausurarla e inaugurar la inmediata

Lucas Piquer: *Utopía, quimera e invitación a la subversión* (1995)

[...] y ante la precisa respuesta del barredero no tuve más remedio que reconocer la profundidad de las verdades científicas enunciadas por Carnot: que los innecesarios excesos de nuestra sociedad, la confusión entre las necesidades y los lujos, la desmedida valoración de la confortabilidad, la facilidad con que damos rienda suelta a nuestros caprichosos y desmedidos deseos de lujo, [...], todo el armazón que soporta nuestro ocio y endulza la satisfacción de nuestras pasiones, nos conducen irreflexivamente a un género de destrucción de la materia, a una misteriosa forma de dilapidación de la vida cuya vía de despliegue y de confrontación con otros comportamientos primitivos nos es reconocible pero cuyo fin se nos oculta

Marcel Proust: *La fugitiva*

... pero cualquier actividad natural o humana es entrópica. Eso no tiene remedio, es la inapelable ley que fatalmente conduce al fin. Sí tiene remedio la ferocidad con que lo aceleramos. Procuremos ser, por tanto, menos feroces, menos ávidos, menos derrochadores, menos estúpidos; más mesurados, más económicos, más discretos, más

inteligentes. Intentemos ser un poco más felices y hagamos lo que esté en nuestra mano para dejar algo más de tiempo, de espacio, de posibilidades de supervivencia a nuestros biznietos y, si pudiera ser, a los biznietos de los biznietos de nuestros biznietos.

J. Cahen, Reflexiones sobre las «*Reflexiones de Leonard-Sadi Carnot sobre la potencia matriz del fuego*» (1828)

arenga final

Se puede dar la vuelta a la tortilla: impacto medio ambiental podría querer decir también que el medio ambiente impacta sobre algo, choca con algo, es decir su integridad choca, como un proyectil, en el blanco de los intereses del Poder. Lancemos el medio ambiente como una bala contra el Nuevo Orden Mundial]

El poeta, dramaturgo, filósofo, médico y político, orador consumado y ardiente demócrata presocrático EMPÉDOCLES DE AGRACAS autor del tratado sobre la naturaleza dijo a mediados del siglo v antes de J.C.:

[todas las cosas] ... jamás cesan en su constante cambio, conviniendo unas veces en la unidad por efecto del Amor y separándose otras bajo el odio de la discordia [...] ... el mundo está ahora durante el reinado de la discordia como lo estuvo antes bajo el dominio del amor

Circula tanta información y está tan adulterada que, o bien no podemos asimilarla, o bien si la asimilamos nos intoxica. Las diferencias que fundaban los valores han sido abolidas: la diferencia entre bello y feo por la moda, la diferencia entre verdadero y falso por la publicidad, la diferencia entre lo bueno y lo malo por la política. La televisión y las revistas del corazón son el pasto habitual de la mayoría de nuestros conciudadanos.

Jesús Ibáñez: «Los futuros de la ciudad» en *Sociología de la vida cotidiana*

